

La gestión del trabajo flexible en la mundialización del capital

Adrián Sotelo Valencia

*Vivo en el país de los Sin Tierra
Sin tierra para sembrar
Sin techo para vivir
Sin escuela para estudiar
Sin salud para curarme
Sin esperanza
Y sin sueño para soñar*

Grupo brasileño de Samba Noca da
Portela

Introducción

El presente ensayo postula la hipótesis de que la base de la actual fase de la economía capitalista se articula en la generalización de la ley del valor, es decir, en la cada vez mayor propensión de las empresas y de las relaciones capitalistas dominantes de determinar el valor y el precio de las mercancías a nivel global en función del tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. En contrapartida, para los productores, el mundo del trabajo y los asalariados, ese fenómeno supone una extensión de la superexplotación del trabajo en la modalidad de trabajo precario y de exclusión social que la dinámica del desarrollo capitalista no hace más que acentuar.

La formación de la mundialización y el mundo de trabajo

Después de la segunda guerra mundial se

configuraron en el mundo tres tipos de formaciones económico-sociales capitalistas insertas en la división internacional del trabajo y que la mundialización en curso tiende a transformar drásticamente.¹ En primer lugar, las que, asentadas en los centros imperialistas, hegemonizaron el desarrollo de la tecnología de punta y sustentaron el monopolio de la ciencia y el conoci-

¹ Llamo la atención para señalar que el debate sobre la mundialización-globalización no está cerrado; apenas comienza y ya existen tesis encontradas, entre las que encontramos dos polares: la que ve la «globalización como hecho inminente y consumado» y la que ya caracteriza a la globalización en crisis y en franco declive. Para la primera véase a: Ianni [1998; 2-32], capítulo 2: *La sociedad civil mundial* y [1998; 88-99] capítulo 7: *Las formas del poder global*. Para la segunda consúltese, de Petras [2001a y 2000b]. También: Vergopoulos [2001].

miento. En segundo lugar, aquellos países periféricos y dependientes que constituyen su antípoda, o sea, aquellos que fincaron su desarrollo en la superexplotación del trabajo más que en el desarrollo de la productividad y, por último, el que resulta de una combinación de las anteriores y que los organismos financieros internacionales denominaron Nuevos Países Industrializados (NICs).

El primer «modelo» corresponde a los países más industrializados del mundo, en particular a los del G-7 que Carlos Vilas define acertadamente como “(...) instancia interestatal de gobierno colegiado de los mercados globalizados”. [1999; 95]

El segundo grupo corresponde a los países dependientes de la periferia capitalista, muchos de los cuales como los de América Latina, se debaten en el estancamiento, la desindustrialización y los procesos de privatización. De este conjunto se desprende un tercer “modelo” de países desarrollados en el curso de la década de los ochenta: los llamados nuevos países industrializados (NICs.) los cuales, hasta antes de la crisis coreana de 1997, y lo que sigue es solamente una hipótesis, venían desarrollando su economía sobre la base del trinomio: competitividad-productividad-calidad más que, exclusivamente, sobre la superexplotación del trabajo.

Nuestra hipótesis es que la mundialización capitalista no solamente ha descargado el peso de la crisis histórica de los imperios en las espaldas de los trabajadores y los pueblos de los países dependientes, forzándolos a circunscribirse a cualquiera de los dos últimos proyectos capitalistas señalados, sino que, además, está debilitando, al riesgo de amenazar con desintegrar, sus sistemas productivos por la acción corrosi-

va de la crisis, la desestabilización política, la desindustrialización y maquilinización en marcha y la acrecentada dependencia financiera.

En la actual fase de mundialización del capitalismo estas tres formaciones estarían sustentando su desarrollo en la superexplotación de la fuerza de trabajo, con lo que este régimen dejaría de ser un régimen exclusivo de las economías dependientes para asumir rasgos universales.

Un ejemplo de lo anterior lo tenemos en los países del sudeste asiático, donde “(...) las fuerzas de la globalización son tan poderosas que incluso los PRIs (Países de Reciente Industrialización) han debido comenzar el desmantelamiento del Estado desarrollista, hasta ahora bien asentado. Corea del Sur emprendió una desregulación financiera radical a instancias del FMI, la OCDE y los gobiernos, firmas y bancos occidentales. La iniciativa contribuyó a que sobreviviera la actual crisis económica y financiera de los PRIs del Este, que ha brindado oportunidad para que el Complejo Wall Street-Tesoro-FMI ejerza una gran influencia en la política económica de estos países”. [Kay, 2000; 4]

Cristóbal Kay sostiene que: “Lo cierto es que la periferia global se está diferenciando cada vez más. Aquellos espacios de la periferia —bien sea a escala de Estación, región o ciudad— que se están insertando más plenamente en la economía global y que, a la vez, pueden alcanzar una mejor y más sostenida competitividad internacional parecen estar funcionando como nuevos centros de crecimiento dentro de la periferia, atrayendo así capital y mano de obra”. [2000; 6]

Estos “puntos de inserción internacional” llamados por Kay “cadenas de produc-

tos” y, agregamos nosotros, de procesos, de acuerdo con la teoría del sistema centro periferia, construyen dos modelos de inserción: *a*) aquellos países que exportan productos primarios (minerales, agropecuarios o del mar) como Chile y los países centroamericanos y *b*) aquellos países más desarrollados dentro de la misma periferia, que producen y exportan productos intensivos en fuerza de trabajo y menos en capital, como por ejemplo: la industria maquiladora de exportación de las ciudades industriales de la franja fronteriza del norte de México con Estados Unidos.² Habría que mencionar a la industria automotriz brasileña que cuenta con altos niveles de automatización y con una planta total de 98 mil 614 trabajadores de los que casi 4 mil fueron despedidos en 2001.

En la mundialización del capitalismo, tanto los países dependientes como los desarrollados están desplegando métodos de producción (flexfordismo, toyotismo, kalmarismo, reingeniería, etcétera) y de organización de la fuerza de trabajo (Círculos de Control de Calidad, tercerización, métodos japoneses como el *just in time/KanBan*, etcétera), que se expresan en la mayor explotación de la fuerza de trabajo, en la precariedad laboral y la exclusión social.

Superexplotación y mundialización

En el capitalismo globalizado la *superex-*

² Debemos solventar la hipótesis de que aquellas regiones, municipios y ciudades e, incluso países, que no logren insertarse en esas cadenas de procesos y productos, corren el riesgo de desvincularse del sistema internacional de acumulación de capital para convertirse en reservas de mano de obra (ejército industrial de reserva) supernumeraria y barata.

plotación del trabajo que en los grandes debates sobre la teoría de la dependencia en los años setenta del siglo pasado se creía que era un fenómeno coyuntural, constituye hoy una *premisa* de la mundialización del capital a nivel planetario. Se trata de un proceso estructural de larga duración que corresponde a las nuevas características que está asumiendo el sistema capitalista internacional en sus procesos de recomposición: relativa recuperación, automatización flexible, innovaciones tecnológicas aplicadas a los procesos productivos y de trabajo, flexibilidad laboral, etcétera.

Para *intensificar* el trabajo, *prolongar* la jornada laboral y *remunerar* a la fuerza de trabajo por *debajo* de su valor (elementos articulados del régimen de superexplotación del trabajo),³ se transforma el empleo formal en informal, y éste en empleo precario, constituyendo mercados de trabajo de esta naturaleza, junto a otros fenómenos, como el desempleo, la pobreza y la exclusión social.

La característica central del proceso de precarización del trabajo está dada por la consecuente pérdida de derechos contractuales y jurídico-laborales del mundo del trabajo, a lo que coadyuvan la reforma del Estado y las reformas laborales en curso

³ Como se sabe, esta categoría, que corresponde a una teoría sobre el desarrollo-subdesarrollo-dependencia de América Latina, fue creada y desarrollada por Ruy Mauro Marini y se define fundamentalmente por la creación de un régimen de organización y explotación del trabajo que combina los métodos de plusvalía absoluta y relativa estudiados por Marx, con la remuneración de la fuerza de trabajo por debajo de su valor para convertir esa magnitud en una fuente *adicional* de acumulación de capital.[Sotelo 1994; 289-318].

implementadas por los gobiernos bajo la presión de los empresarios y los organismos internacionales como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y la OCDE. [Sotelo 1999]

El vehículo de estas transformaciones es la globalización-mundialización del capital, que está modificando los tejidos sociales, las fuerzas productivas materiales de las sociedades humanas y las estructuras básicas en que éstas reposan: la economía y los sistemas políticos incluyendo, en primera instancia, al Estado. Su ingrediente común es que hace interdepender a las sociedades de los ciclos de reproducción del capital a escala mundial, mediante la cual se propagan los mecanismos de la superexplotación del trabajo.

Una expresión de estas transformaciones es el cambio que está experimentando el mundo del trabajo y los mercados laborales, si bien, con velocidades, ritmos y características diferenciadas, según se trate de sociedades desarrolladas o dependientes y periféricas. Pero el fenómeno común que observamos, es que cada vez más la nueva fase de la economía mundializada está engendrando precarización del trabajo y exclusión social como producto de la mundialización del capital y de las nuevas formas de organización y explotación del trabajo que aquella conlleva, incluyendo aquí, como veremos más adelante, los métodos y técnicas del trabajo de naturaleza japonesa (toyotismo).

Las políticas neoliberales: vehículos de la difusión de la superexplotación y de la crisis del patrón de reproducción del capital

Siguiendo los lineamientos de los organis-

mos internacionales en el curso de la década de los años ochenta, la acción combinada del Estado y el capital impuso las políticas de ajuste neoliberal en prácticamente todo el mundo, pero en especial, en América Latina. Uno de los efectos histórico-estructurales de largo plazo de esas políticas dominantes, consistió en la fractura de los procesos de desarrollo que habían despuntado en el curso de las décadas de los sesenta y setenta del siglo xx y que de alguna manera lograron desarrollar el capitalismo con la aplicación de políticas nacional-desarrollistas. Aunque no rompieron con la dependencia, sin embargo sí establecieron ciertos niveles de desarrollo industrial y políticas públicas de «bienestar social», si bien restringidas, para la población en el curso de los treinta años posteriores al término de la segunda guerra mundial.

Pero la crisis de los años sesenta y setenta y la posterior reestructuración neoliberal de las décadas de los años ochenta y noventa, provocaron el agotamiento y la crisis terminal de la industrialización sustitutiva de importaciones con la consiguiente caída de la tasa de ganancia, que hizo operativa la necesidad de reestructurar el capital en la dirección de construir un nuevo patrón de reproducción volcado al exterior que ya no requiere de la intervención del Estado, sino de la conducción del capital internacional, de los grandes empresarios nacionales y del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, la OCDE y la OMC. En otras palabras, se afianzó un nuevo paradigma de relaciones industriales y de trabajo conducido estratégicamente por el «mercado», es decir, por las fuerzas privadas de los grandes monopolios internacionales que tienen capacidad efectiva y

operativa de adaptación a las condiciones estructurales y políticas de la mundialización.

En contrapartida, en las economías de la periferia del sistema se fueron consolidando los procesos estructurales de dependencia, sobre todo financiera y tecnológica que inviabilizaron, como en el pasado, el desarrollo económico y social en la vertiente de la integración de los mercados internos y de la búsqueda de mecanismos autónomos de desarrollo capitalista en la región, como en su momento difundió la intelectualidad ligada a la CEPAL.

Mundialización, crisis y desarrollo

En el contexto de la crisis y de la mundialización del capital, el desarrollo en general, incluyendo el que se derivaba al gasto público a través de la política social del Estado [O'Connor, 1994], fue sacrificado al crecimiento de las variables macroeconómicas del capitalismo (PIB, balanza de pagos, saneamiento de las finanzas públicas, tipos de cambio, política monetaria y fiscal), con eje en el aumento de la tasa de ganancia, en la explotación de la fuerza de trabajo y en la generación de la plusvalía y en detrimento de variables como los mercados internos, el gasto público, el consumo popular, el empleo, los salarios y la calificación en el trabajo. Sin embargo, todo ello fue posible, debido a que el capitalismo latinoamericano entró en un proceso de des-industrialización y especialización productiva que afianzó las políticas neoliberales y los dogmas que resaltaban los supuestos «beneficios» de las economías exportadoras.

En el curso de la década de los noventa del siglo xx, el resultado de esta acción combinada del Estado, el capital y los orga-

nismos internacionales, estructuró y consolidó un patrón de reproducción del capital dependiente especializado en la producción para la exportación que ahora comienza a mostrar signos de agotamiento como muestra el caso reciente de la crisis Argentina.

En el neoliberalismo son las exportaciones, más que los mercados internos y las ramas productivas ligadas al desarrollo industrial, las que dinamizan, reestructuran y condicionan los procesos de trabajo y la organización laboral para aumentar la productividad, la calidad de los productos exportados y la competitividad de las cadenas productivas expuestas al mercado mundial.

Todo ello resultado de una serie de cambios articulados: *a)* en la estructura internacional de las naciones; *b)* en la división internacional del trabajo y de los mercados, *c)* en la estructura del imperialismo, de la dependencia y del neocolonialismo; *d)* en los Estados-nación tal y como estos se fueron constituyendo después de las revoluciones burguesas de los siglos xii y xviii,⁴ *e)* en el ensanchamiento de la pobreza y del desempleo, en las políticas de desarrollo y de asistencia social.

Frente a ello el capital y el Estado, como sujetos articulados, desarrollaron políticas económicas para apaciguar, o contrarrestar, las luchas obreras y sindicales y las contradicciones del capitalismo en tanto sistema universal mediante la reestructuración productiva del capital y del trabajo, la revolución microelectrónica intensiva, el redespliegue de las privatizaciones en todo

⁴ Un análisis de estos cambios así como de la tesis del reforzamiento de la centralidad del Estado imperialista en la época de la mundialización, se encuentra en: Petras, [2001c].

el mundo y el impulso a las «fuerzas del mercado».

Pero todo ello hubiera sido en vano si no se hubiera recubierto este «nuevo capitalismo» con el cemento de la ideología neoliberal en la «sociedad civil mundial» con pretensiones de conformarse en «pensamiento único».⁵

El sistema capitalista internacional de finales del siglo xx extendió el radio de acción de sus leyes y principios contradictorios (acumulación de capital, desempleo, fluctuaciones de la tasa de ganancia, desproporciones intersectoriales, crisis sistémicas, etcétera) al conjunto de las sociedades del planeta y afectó a las regiones de la periferia que se habían constituido como Nuevos Países Industrializados en Asia: Corea del Sur, China y la India y en otros países de América Latina. En parte, ello obedeció al despliegue de las políticas de apertura externa que privilegiaron los flujos de capital internacional y el endeudamiento externo por encima de la industrialización y del desarrollo de los mercados internos de producción, consumo y trabajo en el curso de las décadas de los ochenta y noventa.

El tipo formal de regímenes políticos (autoritarios o democráticos) poco influyó para evitar la hegemonización del proyecto neoliberal de corte conservador. Por ejemplo, la crisis asiática de 1997 no se explica por la existencia de regímenes autoritarios y excluyentes o por «errores» de política económica (como se explicó oficialmente la crisis mexicana de 1994-1995: como «crisis de caja»); sino que, como dice Arturo Gui-

⁵ Un interesante examen de este tema se puede encontrar en: Petras [2000].

llén, «(...) lo que no se dice o queda relegado en los análisis del FMI y otros autores es el papel de los flujos externos de capital de cartera en la crisis y en los fenómenos de sobrevaluación y desequilibrio externo. La apreciación cambiaria, el auge de las importaciones, el freno de las exportaciones y el impulso del endeudamiento externo de bancos y corporaciones fueron, en gran medida, consecuencia de la apertura de la cuenta de capitales iniciada en los años noventa...» [Guillén, 1999; 17 y ss],⁶ por lo que «La crisis asiática es una crisis clásica de deuda-deflación que pone fin al largo ciclo de expansión del área que se prolongó hasta la década de los noventa».[Guillén, 2002; 19].

Esta tesis se conecta con la desaceleración y entrada en recesión de la economía norteamericana que anuncian el fin de la *New Economy*. Aquí resaltan dos hechos.

⁶ La primera crisis de la «era» de la mundialización fue la mexicana de 1994-1995, seguida de la asiática (1997-1998) que comenzó en julio de 1997 con la devaluación de la moneda tailandesa y se extendió en la región: a Malasia e Indonesia, Singapur y Corea del Sur; la tercera crisis de la globalización corresponde a Brasil y Rusia (1997-1998) y la cuarta a la actual de la Argentina (2001...?) que se debate entre la dolarización de la economía o la devaluación de su moneda en un contexto de aumento exorbitante del desempleo (alrededor del 20% de la PEA), de la precarización social y de la extensión de la pobreza como nunca se había visto en ese país. Mención separada merece la actual crisis estructural en su fase recesiva (2001...?) de la economía norteamericana que está extendiendo sus efectos al conjunto de los países capitalistas asegurando el advenimiento de una crisis de larga duración. Para este tema véase: Guillén, [2002; 145-160], donde el autor combate la consistencia de la *New Economy* al mismo tiempo que muestra la entrada de la economía estadounidense en la recesión y la crisis.

Por un lado, la caída de la tasa de crecimiento de la economía mundial que, de acuerdo con estimaciones del FMI, no sólo crecerá en el futuro, sino que tendrá comportamientos negativos tanto en 2001 como en 2002 (-0.2 y -1.1 por ciento, respectivamente) en un contexto de deflación y de aumento del desempleo, mientras que la economía norteamericana también experimenta signos negativos tanto en 2001 (-0.3 por ciento) como en 2002 (-1.5 por ciento, proyección). [*El Universal*, 2001a].

En segundo lugar, un hecho sociológico de consecuencias impredecibles: los más de dos millones de trabajadores que los empresarios norteamericanos arrojaron a la calle en el curso del año 2001, mientras que los empresarios mexicanos y las transnacionales que operan en México se encargaron de arrojar a por otro millón de trabajadores a las filas del desempleo abierto.⁷

Por lo anterior, más que financieras o de balanza de pagos como se las presentó técnicamente, las crisis mexicana, asiática (en particular la de Corea del Sur) y la más reciente crisis de Argentina, son crisis políticas que se traducen en una lucha feroz entre el centro y la periferia por evitar que ésta supere la dependencia; tesis que también sostiene De Bernis cuando afirma que: «Podría ser interesante comparar a Corea del Sur con México. Se podría preguntar si la crisis que ha afectado a ambas economías es el resultado, más o menos deliberado, de

la voluntad de impedir a un país de la periferia establecerse dentro del grupo de los países avanzados (México y Corea son miembros de la OCDE), como fue el caso de Japón durante la crisis de los treinta y que causó gran inquietud en Estados Unidos a fines de ese decenio, a tal punto que el asunto formó parte importante de la agenda del Council International Affairs». [De Bernis, 1999; 32]

La «era de las crisis de la mundialización» incluyendo las actuales de los Estados Unidos, de México y de Argentina, significa que ha llegado a su fin todo un período que comenzó en la década de los ochenta en los países dependientes caracterizado por el esfuerzo del capital y el Estado por construir una economía de «nuevo tipo», o sea, un nuevo patrón de acumulación y reproducción de capital sustentado en las exportaciones y en la dinámica de los mercados externos (neoliberalismo) de lo que da cuenta, sólo para usar una sola variable, la declinante tasa agregada del producto interno bruto de los países latinoamericanos durante el período neoliberal (1981-2000) y que, a precios constantes y en conjunto, arroja un decrecimiento de -1.3 por ciento, contra un crecimiento del anterior patrón de reproducción de capital sustitutivo de importaciones y de intervención del Estado que fue, en promedio anual, de 2.25 por ciento entre 1960 y 1981. Para México, la tasa promedio para el primer período (industrialización) es de 3.6 por ciento y de 0.75 por ciento para el patrón capitalista neoliberal.⁸

Esta realidad de *crisis estructural* vali-

⁷ Hoy se anuncia el cierre de plantas y el despido de 10 mil trabajadores de la Ford en Estados Unidos, Canadá y América Latina, mientras que General Motors anuncia el despido de entre 6 mil y 7 mil trabajadores en América del Norte y Europa. [*La Jornada*, 2002].

⁸ Datos obtenidos de Esthela Gutiérrez [trabajo inédito].

da nuestra tesis que habíamos sostenido en otro trabajo [Sotelo, 1993; 56] cuando hablábamos de *dos subfases del patrón neoliberal*: la que denominamos de *estancamiento con inflación* (1982-1987) y la de *estabilización* con base en los Pactos Corporativos de Clase (1987-1993). A nueve años de distancia, decimos que estamos encontrando la *fase terminal* y el *agotamiento estructural* del patrón capitalista neoliberal dependiente mexicano.

En efecto, el año 1994 (es de recuperación y representa el punto de inflexión para la crisis estructural y financiera de 1994-1995 (en este último año la economía mexicana decreció - 6.9 por ciento); en 1996, el PIB se recuperó 5.2 por ciento; 6.8 por ciento, en 1997, decreció a 4.9 por ciento en 1998, 3.7 por ciento en 1999 y alcanzó el pico máximo de 7 por ciento en 2000. A partir de aquí, las proyecciones del comportamiento del producto interno bruto (PIB) de México que hace el del FMI bajaron a cero en el mejor escenario para el año 2001, previendo un raquítico crecimiento de 1.4 por ciento en 2002. [El Universal, 2001b]

Por lo tanto, del comportamiento histórico anterior podemos deducir una *tercera subfase* del patrón capitalista neoliberal dependiente mexicano (y por extensión latinoamericano), que denominamos de agotamiento y entrada en crisis estructural. Solamente faltando para cumplimentar esta tercera subfase (¿terminal?) la privatización jurídico-formal de la industrial eléctrica, del petróleo y la realización de la reforma laboral de corte neoliberal.

La cobertura político institucional está dada con el actual gobierno conservador y pronorteamericano de Vicente Fox y su partido, el PAN, aliado en una suerte de «transi-

ción pactada» con los partidos PRI y PRD.

Pensamos que coronando estas tres tareas, el «modelo» mexicano se estaría acercando, como un siamés a su homólogo argentino.

Mientras tanto, más allá de que el patrón neoliberal dependiente para el mercado mundial (en crisis) haya cumplimentado la «superación del subdesarrollo y la dependencia», el nuevo ciclo de reproducción capitalista en escala mundial se enfrentó a un movimiento en contrario, cuyo eje está en los centros imperiales, que reforzó la dependencia y la ancló a la reproducción del capitalismo central. Esto debido a que la política neoliberal desmontó la industrialización y frustró el desarrollo tecnológico de las naciones que habían experimentado procesos de industrialización relevantes como México, Brasil y Corea del Sur; sobre todo después de la segunda guerra mundial, en cierta manera exitosos como en el caso de esos Nuevos Países Industrializados.⁹

Este esbozo sintético prueba un diagnóstico de la crisis del «desarrollo auto-sustentado» del capitalismo en América Latina, tal y como en su momento lo ensayaron los intelectuales de la CEPAL. Mostramos cómo en las décadas de los ochenta y noventa se articularon la mundialización del capital y las políticas neoliberales de signo conservador como resultado de la profundidad de la crisis que experimentó a lo largo de la década de los años ochenta y cómo también dicha crisis y la reestructuración posterior repercutieron en el mundo del trabajo.

⁹ Para el final del largo período de 15 años de expansión económica de Chile, que configuró un «milagro» latinoamericano» similar al de los Tigres Asiáticos, véase: Castro [2000; 144-152].

Mundialización, ley del valor y tecnología

Desde una perspectiva teórica y metodológica crítica, el análisis de los efectos de la mundialización del capital en el desarrollo de América Latina se debe realizar con base en la teoría del valor de Marx, concibiéndola como universalización de la ley del valor, sobre la base de un modo capitalista de producción por primera vez mundializado, que implica la redefinición de la internacionalización de los tres ciclos de reproducción del capital en su conjunto —el capital dinero, el capital productivo y el capital mercancías—, considerando los efectos de la aplicación de los principios de la tercera revolución industrial sustentada en la microelectrónica, la informática, la ciencia de los nuevos materiales y la biotecnología a los procesos productivos, a la organización del trabajo, los servicios y a la tierra-agricultura-ecología.

Este «nuevo orden internacional», impulsado por el FMI, el Banco Mundial y la OCDE, promueve el funcionamiento de la ley del valor porque acorta los ciclos de reproducción del capital fijo, eleva la productividad del trabajo, para obtener ganancias extraordinarias mediante la constante revolución de los precios y la apertura de nuevos y variados mercados para la realización mercantil de la producción hegemónica de los centros imperiales y, por último, universaliza la producción de mercancías mediante la generalización del tiempo de trabajo socialmente necesario en su producción.

En el plano del capital y de los mercados globalizados, la realización del valor de cambio y de la plusvalía contenida en las mercancías requiere que las empresas

—grandes, medianas y pequeñas—, si quieren subsistir y expandirse, tienen que planear y tomar en consideración una serie de factores tales como, por ejemplo: la existencia de la simultaneidad de la producción de un sólo producto en varios países del mundo, digamos, la fabricación de un automóvil que consta de entre 4 y 6 mil piezas en su elaboración y que es propiedad de una sola empresa transnacional Ford, Toyota, Fiat, VW, pero produce sus partes en cinco o seis países diferentes. Además es necesario garantizar el suministro de materias primas, de medios de producción y de fuerza de trabajo requeridos por la competencia y la productividad media en el plano mundial, como condición de la formación de *ventajas* comparativas y competitivas respecto a otras empresas, capitales o naciones inmersos en el proceso de competitividad.

Para que esto sea posible, se debe determinar el valor de las mercancías¹⁰ por el tiempo de trabajo socialmente necesario y las cantidades expresadas en unidades de tiempo y de dinero, de igual forma que los servicios, la investigación, la ciencia y el desarrollo, todos encaminados a la producción de nuevas mercancías y tecnologías que, en la práctica monopolista de la competencia real intercapitalista, son apropiadas por las grandes corporaciones multinacionales, 50 por ciento de las cuáles son norteamericanas dentro de las 500 más importantes del mundo.

Esto es posible debido a que solamente esas empresas hegemónicas en el plano

¹⁰ $M=C+V+P$, o sea: capital constante (medios de producción, materias primas, etcétera) + capital variable (salarios) + plusvalía (tiempo de trabajo no remunerado).

mundial pueden centralizar y apropiarse de la masa de plusvalía que es producida por millones de trabajadores en el mundo. Por supuesto, todo esto requiere una codificación institucional, es decir, legislaciones, normas y reglamentos encaminados a romper las trabas y obstáculos que impiden el libre ejercicio de la ley de oferta y demanda.

Los países, capitales, ramas productivas, empresas y personas, que no estén inmersos en esos cambios y procesos transitorios de modernización están definitivamente condenados al fracaso y a la «desvinculación» del sistema internacional, como está ocurriendo dramáticamente en países y zonas enteras de África y de América Latina: en algunos países centroamericanos o del Caribe que no poseen dichas ventajas para sobrevivir a la competencia capitalista, por lo que se ven orillados a especializar sus aparatos productivos y exportadores aún sacrificando el desarrollo económico y social de la población.

Es así como los países de América Latina y el Caribe sólo se vinculan al comercio internacional con menos de un 5 por ciento del total de sus exportaciones; mientras que dependen cada vez más de la dinámica de las importaciones de los países desarrollados, lo que se expresa, con excepción del período 1983-1991, en crecientes déficits comerciales de la región hasta la actualidad.¹¹

La ley del valor —la generalización del trabajo abstracto en la sociedad capitalista mundializada—, en estas nuevas condiciones de un capitalismo cada más integrado, requiere de la información: sin ella ningún proceso comercial o mercantil puede cuantificarse en condiciones internacionales para

atender una competencia acrecentada en los mercados globalizados. Es lo que, en el marco de la tercera revolución industrial desatada desde la década de los años cuarenta, explica el masivo auge de la informática y su extensión al control de procesos productivos y de mercado, para sistematizar y homogeneizar la información relativa a la formación de los valores y los precios de las mercancías mediante un acopio simultáneo de todos los elementos de orden económico, contable, de calidad y de mercado que determinan el éxito o el fracaso de un determinado producto que aspira a desplazar a otros en el mercado mundial.

En las economías periféricas, la reestructuración capitalista posfordista de los procesos de trabajo se expresa en la reconversión de la organización del trabajo para ajustarla a los requerimientos de la competencia y la calidad: la informática, utilizada por las empresas transnacionales (como la IBM, la Ford o la Toyota), apunta a introducir la flexibilidad del trabajo, o sea, el nuevo paradigma de relaciones sociales e industriales articulado en la automatización flexible, concepto que privilegia la articulación virtuosa entre tecnología y desregulación del trabajo para convertirlo en flexible y polivalente.¹²

En otras palabras, atendiendo a la ley del valor y a las categorías que sobre ella se erigen (plusvalía, ganancia, renta e interés), el desarrollo de las fuerzas productivas con

¹¹ Gutiérrez [trabajo inédito]. Cuadro #3.

¹² Véase: Antunes, [2001]. Alves [2000], aprehende estos cambios a través de la transición del «toyotismo restringido» de la década de los ochenta en el Brasil al «toyotismo sistémico» de la década de los noventa del siglo xx, pero articulados a la noción de *superexplotación del trabajo*.

cargo en la tecnología no hará sino reforzar el régimen de superexplotación de la fuerza de trabajo de los países dependientes estimulando, al mismo tiempo, dicha superexplotación en los centros del capitalismo desarrollado como demuestran algunos autores. Por ejemplo, Giovanni Alves, escribe que: "...la superexplotación del trabajo tiende a ser la nueva realidad en los países del capitalismo desarrollado, en virtud del nuevo poder de la valorización derivada de la mundialización del capital". [Alves 2000] Esta tesis se explica debido a que la configuración de un "(...) modo particular de articulación entre plusvalía relativa y absoluta" se va a reflejar en la superexplotación del trabajo; tesis que, por lo demás, y aunque Alves no la comprende bien¹³ tiene una extremada similitud con la esbozada por Ruy Mauro Marini cuando, por ejemplo, con relación al par dialéctico desarrollo tecnológico/productividad del trabajo establece: "(...) incidiendo sobre una estructura productiva basada en la mayor explotación de los trabajadores, el progreso técnico hizo posible al capitalista intensificar el ritmo de trabajo del obrero, elevar su productividad y, simultáneamente, sostener la tendencia a remunerarlo en proporción inferior a su valor real" [Marini, 1973; 71-72].

Y, por si quedan dudas todavía, en otro trabajo de polémica afirma que "(...) una vez puesto en marcha un proceso económi-

¹³ Cuando Giovanni Alves afirma que «El concepto de superexplotación del trabajo que utilizamos es diverso del utilizado por Ruy Mauro Marini, para quién la superexplotación del trabajo no implicaba un aumento de la capacidad productiva del trabajador asalariado» [Alves, 2000], no capta que Marini planteó exactamente lo contrario.

co sobre la base de la superexplotación, se echa a andar un mecanismo monstruoso, cuya perversidad, lejos de mitigarse, es acentuada al recurrir la economía dependiente al aumento de la productividad, mediante el desarrollo tecnológico".¹⁴

Por lo tanto, existe una dialéctica entre productividad y superexplotación que establece una relación directa entre ambos. Pero certeramente Alves encuentra además como causa política que estimula y difunde la superexplotación en los centros, la creciente pérdida de poder político y de negociación de los sindicatos y del movimiento obrero que es frenado o inutilizado para poner obstáculos sólidos al aumento de la jornada de trabajo, de la intensidad y de la caída de los salarios reales en el contexto de la reestructuración y la flexibilidad laboral.

Esta (nueva) lógica capitalista de la reestructuración estimula las presiones de los organismos monetarios y financieros para que las economías dependientes se «abran a la competencia internacional», para que privaticen sus empresas, servicios y sus sistemas públicos, en beneficio del capital internacional y para que rompan con lo que consideran «rigideces» del mundo del trabajo, como ejemplarmente se ha llevado a cabo en Argentina provocando la crisis más profunda y devastadora de su historia, sólo comprable con la desencadenada durante el período de las dictaduras militares.

En el logro de este objetivo, el capital desarrolló redes de relaciones internacionales —entre bloques, países intermedios y débiles— mediante complejos y costosos sistemas de comunicación electrónicos para expandir en verdadera dimensión planetaria

¹⁴ [Marini, 1978: 57-106 y 4].

a las gigantescas empresas corporativas transnacionales —empresas-red— apoyadas en los poderosos Estados hegemónicos en todas partes y regiones del planeta.¹⁵

Partiendo de la industria de la guerra y de los armamentos —eje de la actual economía mundial— las empresas de los países imperialistas de Estados Unidos, Inglaterra, Francia o Alemania, —que operan como Estados-nación *eje* de las empresas transnacionales— paulatinamente las han ido trasladando a las industrias civiles y, dentro de éstas, a sectores productivos donde acusan altos coeficientes de productividad y competitividad internacional, como en la industria automotriz y en los semiconductores, donde pueden incursionar exitosamente en «países emergentes» como en el caso de Corea del Sur.

Los «analistas simbólicos» de este capitalismo mundializado creen y predicán que el «mercado» asegura, *per se*, la salud de las empresas y de los negocios con el simple funcionamiento libre de la ley de oferta y demanda — valga decir, de la ley del valor y los precios de producción—, al posibilitar la «destrucción creadora» como mecanismo selector de los «mejores» frente a los «peores», es decir, de los «ganadores y perdedores» de la mundialización.

Desde la perspectiva de la dinámica del mundo del trabajo, esta fase de la historia del capitalismo (mundialización) expresa la utilización en gran escala de nuevas tecnologías en el proceso productivo y de trabajo; el desarrollo de nuevas formas de gestión y organización de los sistemas productivos,

de los mercados y de las empresas, para hacer de la flexibilidad total un sistema de ajustes, casi simultáneos y automáticos, de las economías y empresas a las situaciones cambiantes de la producción, de los mercados y de las necesidades de los consumidores a escala internacional. Este es el «objetivo ideal», iluso, que persigue el capitalismo neoliberal a través de sus políticas: estarían fascinados todos los neoliberales si incubara en el mundo la famosa ley de Say.

Pero desde una perspectiva crítica alertamos que estos cambios no deben ilusionar a nadie, en la medida en que ellos dependen de los intereses de sus principales promotores: el Estado y el capital; a la par que constituyen y marcan sus propios límites y alcances reales en relación con la población. Por ejemplo, el sistema de diseño por computadora no se hace extensivo al campo del bienestar social para mejorar la salud o la educación de la población, sino a los productos con fuerte demanda efectiva, así como la tasa de ocupación de computadores en el proceso de enseñanza-aprendizaje en las universidades, está en relación directa con sus posibilidades de rentabilidad. Las universidades privadas poseen los mejores métodos de enseñanza por computadora y utilizan costosos sistemas de videoconferencias y de educación a distancia. En cambio, como norma, en las universidades públicas y gratuitas latinoamericanas estos métodos, cuando existen, generalmente son deficientes, desfasados tecnológicamente e insuficientes para atender a la demanda de los estudiantes, de los profesores y los investigadores.

La transnacionalización de la economía mundial conlleva cambios profundos, estructurales e institucionales que, a partir de

¹⁵ Véase a Petras [2000], que apoya esta tesis de la centralidad del Estado imperialista en la actualidad.

la informática y de otras tecnologías de punta como la biotecnología o los nuevos materiales, tiende a reestructurar las relaciones sociales, los mercados, los sistemas productivos y de trabajo, y los sistemas sociales y políticos, sobre la base de la ampliación en escala universal de la ley del valor. Sin embargo, hay que reparar en que el Estado-nación, en esta fase de mundialización, opera como un agente profiláctico de todos aquellos obstáculos que impiden o boicotean su libre funcionamiento (sindicatos, políticas públicas, populismos).

Mundialización y precariedad del trabajo

El (nuevo) capitalismo de siglo XXI iba a desarrollar a las sociedades humanas como nunca en la historia. Sin embargo, una mirada a sus zonas periféricas indica que desde que se desplegó en gran escala la cuarta internacionalización del capital, a la que corresponde la mundialización del capitalismo propiamente dicha [Sotelo, 1999; Cap. 1], a partir de la década de los años ochenta con la revolución tecnológica, la expansión del comercio internacional y la hegemonía del capital financiero, la pobreza, el desempleo, la precarización del trabajo y la exclusión social, son fenómenos que caracterizan a los países de la periferia, cuya deuda externa¹⁶ creció vertiginosa-

mente junto a una profundización de la polarización mundial de los «centros» y las «periferias» y de todas las formas de dependencia: comercial, financiera, productiva, tecnológica y técnico-científica, como señala Samir Amin. [1995a; 367-389] [1995b; 11-50].

En este terreno la mundialización no sólo es liberalización económica y financiera como sugieren de manera muy limitada algunos autores [Huerta, 1998], ya que sólo constituye uno de sus rasgos; sino internacionalización de relaciones sociales que están adoptando la fisonomía de un nuevo tipo de economía y sociedad que tiende a promover a la «libre empresa» como «único sujeto» dinámico de una «economía de mercado» que excluye a las familias, sobre todo a las asalariadas y al Estado en su dimensión social.

Los cortos ciclos de reactivación económica de muchos países de la región ocurridos en la fase de mundialización, durante la década de los noventa, fueron insuficientes para garantizar tasas reales de crecimiento de la ocupación y decrecientes de las de desempleo abierto y disfrazado. Como sostiene Jürgen Weller, una de las consecuencias de esas políticas es que en la mayor parte de América Latina, "(...) la recuperación moderada del crecimiento a nivel regional no ha incidido en una vigorosa generación de empleo productivo. La creación de

¹⁶ El Sistema Económico Latinoamericano (SELA) estima que la deuda de los países de América Latina aumentó 30 mil millones de dólares en 2001. Calcula que la deuda externa regional llegue a los 784 mil millones de dólares para fines del 2001, mientras que en 2000 la deuda externa alcanzó unos 750 mil millones de dólares. Incluso, asegura el organismo, dependiendo del monto de la deuda externa argentina (calculada en unos 155 mil millo-

nes de dólares al cierre de 2001), la total para América Latina y el Caribe puede alcanzar la cifra de los 800 mil millones de dólares, cuando en la década de los ochenta promedió unos 400 mil millones de dólares. Solamente entre 1976 y 2000 este país pagó por concepto de intereses del principal unos 200 mil millones de dólares. [*El Universal*, 2001a].

nuevos puestos de trabajo se ha concentrado en gran parte en ocupaciones de baja productividad media y se ha reducido la participación de las actividades formales en la estructura de empleo. En la segunda mitad de esta década, la tasa de desempleo abierto regional se ha ubicado en niveles elevados, no vistos desde la crisis de inicios de los años ochenta. En muchos países de la región, los salarios reales de las actividades formales aún no han sobrepasado los niveles alcanzados en 1980” [Weller, 1998].

Este diagnóstico nos permite inferir que aún en los períodos de relativa recuperación económica expresados en el crecimiento del PIB, el ciclo económico se convierte en generador de empleos precarios (ocupaciones de baja productividad y con bajos salarios sobre todo en el «sector informal» y además con una característica adicional: sin derechos laborales), a lo que apunta que alrededor de 85 por ciento de los nuevos empleos creados durante la década de los noventa del siglo pasado fueron empleos precarios.

Este nuevo comportamiento del ciclo económico mundializado expresa también un fenómeno más complejo que consiste en la disociación entre los ciclos de crecimiento del capital y los propios que regulan la tasa de creación de empleos productivos; en otras palabras, un divorcio entre las variables macroeconómicas: balanza de pagos, exportaciones, PIB, políticas monetarias y financieras, etcétera, y las variables micro: salarios, calificación y ocupación de la fuerza de trabajo, donde el estado capitalista desempeña un papel central.

En la actualidad estas características están presentes en la mayoría de nuestros países, aún en aquellos como México y

Brasil que durante los ochenta y noventa incorporaron tecnología de punta, particularmente Máquinas Herramienta de Control Numérico (MHCN) en industrias modernas nacionales y en las empresas del capital internacional.¹⁷

Al contrario de homogeneizar, el resultado fue acentuar la heterogeneidad estructural de la economía latinoamericana, que es una de las características relevantes de la dependencia histórica. La coexistencia de las grandes empresas transnacionales y las pocas grandes que quedan de origen nacional, con empresas y procesos de trabajo de base artesanal, tradicionales y, en algunos casos, de base francamente precapitalista —pero que son los sectores que absorben a grandes núcleos poblacionales de la fuerza de trabajo familiar, indígena y campesina— lejos de desencadenar procesos complementarios en el marco del desarrollo nacional, produjeron expulsión social, marginación y desarticulación de los núcleos poblacionales imposibilitados para acceder a los «beneficios» de la mundialización-modernización.

Al articular estos procesos, la nueva economía dependiente especializó su aparato productivo a las necesidades de una división internacional del trabajo hegemónica por las empresas multi y transnacionales, que como dijimos el 50 por ciento de las cuales son estadounidenses, así como a la regionalización productiva y comercial en el contexto de la expansión de los bloques comerciales: el Tratado de Libre Comercio (TLC), el MERCOSUR y el Mercado Común Centroamericano, como una forma de la subregionalización geo-estratégica de la

¹⁷ Este tema lo desarrolló: Ruy Mauro Marini y Millán [2000; 69-94].

mundialización encabezada por las potencias imperialistas.

La especialización productiva de las economías latinoamericanas, en contrapartida de la diversificación industrial, no generó «ventajas competitivas» ni se constituyó en factor de continuidad de la industrialización hacia una etapa más pesada o estratégica, como debería de haber ocurrido para afianzar inserciones duraderas y sistémicas en los mercados internacionales. Por el contrario, se proyectó destructivamente sobre enormes masas de capital social y en el aceleramiento de los procesos de concentración y centralización que venían amenazando la existencia de la mayor parte de las pequeñas, medianas y micro empresas productivas que sustentaban las mayores tasas de ocupación en los países dependientes de la periferia capitalista.

Al contrario de quienes afirman que la mundialización anula las relaciones de dependencia, más bien las profundiza en todas sus facetas: financiera, comercial y tecnológica, sobre todo en aquellos países que no cuentan con un patrón tecnológico propio, sino que lo adquieren mediante importaciones —«modelo de imitación-asimilación»— y que fue característico de los países que desarrollaron la industrialización temprana en el pasado como Brasil, México y Argentina.

El *patrón de acumulación dependiente neoliberal* (1982-2002), con sus ejes en la *superexplotación del trabajo*, en la *exclusión social* y en la *precariedad laboral*, es responsable de la generación de *círculos viciosos prolongados* que traban el crecimiento económico y propenden a afianzar ciclos recesivos y depresivos de la economía mundial cuya consecuencia más notable

consiste en castigar la tasa de creación de empleos productivos y las inversiones correspondientes en beneficio de las de naturaleza especulativa (Bolsa de Valores, compra de títulos, bonos, etcétera).

Francoise Chesnais caracteriza esta realidad de prevalencia del capital especulativo por sobre el productivo como «régimen de acumulación bajo dominio financiero» que proporciona al capital financiero *rentista* excepcionales condiciones de rentabilidad y seguridad como se está percibiendo con todas las crisis recientes de la mundialización.

Aquí se marca una diferencia fundamental con el período anterior. Como afirma Joseph Love, “(...) en las economías latinoamericanas más grandes, la industrialización había ocurrido históricamente en períodos de crisis. Para él (Furtado, ASV), como para otros estructuralistas contemporáneos, la Gran Depresión había representado un hito tras el cual las mayores economías de América Latina habían avanzado definitivamente hacia una economía en la que el motor del desarrollo era el mercado interno, más que el internacional, y para el cual la industrialización impulsaba el proceso de crecimiento” [Love, 1999; 14].

En la mundialización actual en cambio, el patrón de reproducción neoliberal en ningún momento desarrolla la economía como en el período precedente; por el contrario, desmontó la industrialización, deterioró, segmentó y contrajo los mercados internos de consumo y de trabajo, al mismo tiempo que asoció su expansión a la dinámica del mercado internacional y a las exportaciones (hoy en declive).

En México, en los últimos cuatro lustros, se ha venido impulsando este «mode-

lo» de «reproducción dependiente» bajo la forma de desregulación estimulando la privatización de sus empresas públicas, la apertura para las inversiones al capital internacional y modificando la Constitución Política del país, con el objetivo explícito de hacer funcional el nuevo ordenamiento del sistema, tanto en el plano nacional como en el internacional y regional.

Estas políticas internacionales y del Estado mexicano, cobraron fuerza desde el ingreso de México al GATT en 1986 y a la OCDE en 1994, para culminar con la firma y entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio (TLC) en enero de 1994 con las potencias del norte, donde México, por más que se quiera ocultar, desempeña un papel subordinado y complementario de ellas.

Estas coberturas, la internacional y la crisis interna, dieron paso en México a la reestructuración, a la apertura externa y a la consolidación de la economía privada de mercado mediante la desregulación de las inversiones extranjeras, la apertura externa y los programas de orientación exportadora, particularmente en las industrias automotriz y electrónica. En esta génesis desempeñaron un papel fundamental tanto los gobiernos priístas como el actual conservador, el PAN, que no hace más que continuar y aplicar milimétricamente las políticas neoliberales y conservadoras de sus antecesores.

Debemos notar, sin embargo, que este proceso no es exclusivo de México, sino que lo mismo ha ocurrido, con diferentes ritmos, tiempos y modalidades, en América Latina, donde el neoliberalismo ha logrado imponer su hegemonía. Sus antecedentes se remontan a la década de los años sesenta, en particular, con la imposición de las dictadu-

ras militares en el Cono Sur y su correspondencia con el «modelo liberal» aunque, debemos subrayarlo, en una suerte de mixtura económico-política; ya que el Estado dictatorial desempeñó, tanto como promotor e interventor-rector, un papel fundamental. Por el contrario, este papel se ha ido minusvalidando en la «era» de los gobiernos «democráticos» de «tercera vía», socialdemócratas, para convertir cada vez más al Estado no dictatorial, formalmente hablando, en un aparato de represión y de vigilancia político-social.

Al cambiar la función histórica del Estado, tanto en lo que respecta a la acumulación de capital, como en su relación con la sociedad y los partidos políticos, que ahora tiende a ser «mediada» por el «mercado», cambian las condiciones histórico-estructurales y políticas que lo habían perfilado como un Estado de bienestar cimentado en los dispositivos fordistas y tayloristas que lo acompañaron en los países avanzados [Hirsch, 1996]. En los nuestros, ese proceso —que fue más restringido al articular el fordismo y el taylorismo sólo en algunas ramas y sectores denominados dinámicos (como la industria automotriz o siderúrgica) con procesos y fases tradicionales y precapitalistas—desmontó los procesos productivos, ramas y sectores ligados a la reproducción del valor de la fuerza de trabajo para convertirla en fuerza de trabajo flexible, polivalente y precaria, como vimos más arriba, afianzando una de las características estructurales del proceso de mundialización.¹⁸

¹⁸ Este tema lo desarrollo en Sotelo [1999] donde se define la precarización del trabajo como *premis*a de la mundialización.

Por último, en la medida en que se desarrolla la especialización en las actividades exportadoras, se va afianzando y profundizando el régimen de disociación de la fuerza de trabajo precaria de la esfera del consumo, acentuando su carácter de productora y sometiéndose al imperio de la superexplotación del trabajo que en esencia significa que la fuerza de trabajo es remunerada por debajo de su valor, al lado de experimentar largas jornadas de trabajo y aumentos graduales en su intensidad.¹⁹

Si en la década de los setenta, en que esta tesis fue levantada, la superexplotación era ya una realidad que iba abarcando a la lógica de reproducción capitalista dependiente, en la actualidad la mundialización, por un lado, y el patrón neoliberal por el otro en su tercera subfase (juntos) la refuerzan en función de una característica: ese nuevo patrón tiende a reposar en la dinámica de las exportaciones, particularmente en las exportaciones de bienes industrializados en detrimento de los mercados internos de consumo y de trabajo, generando recesión, desempleo y subempleo e incrementando los rasgos característicos de la economía dependiente: la concentración del ingreso frente a la caída de los salarios reales, el aumento del grado de explotación del trabajo y la desindustrialización frente a un incremento de las importaciones de mercancías con alto contenido tecnológico de los países avanzados.

Ese cambio de 180 grados hubiera sido imposible sin la intervención del Estado para inclinar la correlación política de fuer-

zas a favor del capital durante las décadas de los años ochenta y noventa. Se hizo, ciertamente, pero a costa de dismantelar las bases nacionales de la acumulación de capital y de extender la influencia y dependencia del capital internacional que ahora se coloca como el motor de un crecimiento frenético, totalmente divorciado tanto de las necesidades nacionales y de los mercados internos como, más pronunciadamente, de las propias de los trabajadores.

Conclusión

Muchos son los agoreros que proclamaron el «fin del trabajo y de la historia» en cuanto categorías sociales, pero también como expresión de la dinámica de la reproducción del capital y de la lucha de clases.²⁰ Así, sostienen los neoliberales y sus doctrinarios posmodernos, que en los albores del siglo venidero, será la tecnología, la ciencia y el mercado, el trinomio encaminado a edificar las sociedades del próximo siglo, en donde ya no habrá cabida para la contienda de las clases sociales, porque la existencia de éstas, o se «diluyó» en el siglo xx en «movimientos sociales emergentes» fragmentados por todo el mundo («globalifóbicos»), o se mantuvo como traspatio secundario de la modernidad y la posmodernidad.

Para otro conjunto de autores, el nuevo paradigma productivo y organizacional («toyotismo»), sería responsable por una «humanización» de las relaciones sociales, al grado de hacer «participativo» y «creativo» al trabajador en los objetivos de las empresas, aunque se ignore que ese sistema de origen japonés es, como lo sabe cualquier obrero de la Toyota, esencialmente un dis-

¹⁹ Véase por ejemplo *el Anuario de Estadísticas del Trabajo* [2000], donde se muestra la tendencia al aumento del tiempo de trabajo en el mundo.

²⁰ Véase por ejemplo el trabajo de Rifkin, [1997].

positivo para intensificar el uso de la fuerza de trabajo en el taller de la producción.

Pero la realidad empírica estructurada por dos décadas de neoliberalismo, ha demostrado lo contrario: que la reestructuración productiva y la apertura externa, como políticas para estimular la competitividad y elevar la productividad del trabajo social en los países dependientes, no tenían otro objetivo más que el de coadyuvar al incremento de la tasa de ganancia y de la rentabilidad general del capital.

Los elementos constitutivos de la mundialización, o sea: *a*) la generalización de la ley del valor y *b*) el carácter especulativo y parasitario de su forma estructural actual liderada por el capital financiero internacional, son las piezas maestras de la reconstrucción del mundo del trabajo en el siglo

XXI sobre tres componentes estructurales y organizacionales: 1) el desempleo estructural, 2) la superexplotación del trabajo en la modalidad de precarización y 3) el proceso expansivo y sistemático de exclusión social y de miseria que se observa en las sociedades capitalistas.

Mientras subsistan los sistemas productivos, las relaciones laborales articuladas en la reingeniería, el neotaylorismo, el neofordismo, el kalmarismo y el toyotismo y la organización del trabajo cimentada en la flexibilidad (*just in time*, *KanBan*, polivalencia, rotación de puestos, desreglamentación de los contratos de trabajo y pérdida de derechos), difícilmente se podrá augurar un futuro positivo para el mundo del trabajo y la humanidad.

BIBLIOGRAFIA

- Alves, Giovanni (2000) *O novo (e precario) mundo do trabalho*, Editorial Boitempo, Sao Paulo.
- Dialéctica de la dependencia, (1973) ERA, México.
- Amin, Samir
- (1995a) «El debate sobre la mundialización», en Samir Amin y Pablo González Casanova, *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur*, Tomo I. *Mundialización y acumulación*, Coedición Anthropos-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la UNAM, México.
 - (1995b) «Mundialización y acumulación capitalista», en Samir Amin y Pablo González Casanova, *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur*, Tomo I. *Mundialización y acumulación*, Coedición Anthropos-Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la UNAM, México.
- Antunes, Ricardo (2001) *¿Adiós al trabajo?, ensayo sobre las metamorfosis y la centralidad del mundo del trabajo*, Cortez Editora, Sao Paulo, 2001.
- Anuario de Estadísticas del Trabajo* (2000) de la Organización Internacional del Trabajo, Francia.
- Castro Escudero, Alfredo (2000) «Chile: el milagro económico se resquebraja», en *Revista Comercio Exterior*, Vol. 50, núm.2, México, febrero.
- El Universal*
- (2001) 19 de diciembre.
 - (2001a) 21 de diciembre.
 - (2001b) 14 de diciembre.
- Guillén, Arturo
- (1999) «Crisis asiática y reestructuración de la economía mundial», *Revista Comercio Exterior*, vol. 49, núm. 1, México, enero
 - (2002) «La crisis de un mito. La nueva economía

- y la recesión estadounidense», en Revista *Trayectorias* # 7/8, septiembre-abril, Universidad Autónoma de Nuevo León.
- Gutiérrez Garza, Esthela (trabajo inédito) «La inserción periférica, la restricción externa y los retos del desarrollo económico en América Latina» .
- Hirsch, Joachim (1996) *Globalización, capital y Estado*, UAM-X, México.
- Huerta, Arturo (1998) *La globalización, causa de la crisis asiática y mexicana*, Editorial Diana, México.
- Ianni, Octavio (1998) *La sociedad global*, Editorial Siglo XXI, México
- Love, Joseph (1994) «Furtado, las ciencias sociales y la historia», Revista *Estudios Sociológicos* No. 49, El Colegio de México, enero-abril4.
- Kay, Cristóbal (2000) «Estructuralismo y teoría de la dependencia en el período neoliberal», Revista *Nueva Sociedad*, Caracas.
- La Jornada*, (2002) 11 de enero .
- Mauro Marini, Ruy
- (1978) «Las razones del neodesarrollismo» (respuesta a Fernando Enrique Cardoso y José Serra), Revista Mexicana de Sociología, Año XL/VOL. XL, Núm. Extraordinario (E), IIS-UNAM, México
 - (2000) «La reestructuración del trabajo y el capital en América Latina», Ediciones El Caballito, 2ª edición. en *La Teoría Social Latinoamericana*, Vol. IV, *Cuestiones contemporáneas*, Ediciones El Caballito, 2ª edición.
- Millán, (2000) *La Teoría Social Latinoamericana*, Vol. IV, *Cuestiones contemporáneas*, Ediciones El Caballito, 2000, 2ª edición.
- O'Connor, James (1994) *La crisis fiscal del Estado*, Paidós, Barcelona, segunda edición.
- Petras, James
- (2000) *La izquierda contraataca. Conflictos de clases en América Latina en la era del neoliberalismo*, Ediciones AKAL, Madrid.
 - (2001a) «Imperio con imperialismo», 7 de noviembre de 2001, en «La página de James Petras», Internet: www.rebelión.org
 - (2001b) y «La centralidad del Estado en el mundo actual», 26 de mayo de 2001, en «La página de James Petras», Internet: www.rebelión.org.
 - (2001c) «Centralidad del Estado en el mundo actual», 26 de mayo de 2001 en *La página de James Petras* en: www.rebelión.org.
- Rifkin, Jeremy (1997) *El fin del trabajo, nuevas tecnologías contra puestos de trabajo: el nacimiento de una nueva era*, Paidós, Barcelona, 5ª edición.
- Sotelo, Valencia Adrián
- (1994) «Dependencia y superexplotación», en Ruy Mauro Marini y Mágina Millán (Coordinadores), *La teoría social latinoamericana*, T. II, *Subdesarrollo y dependencia*, Ediciones El Caballito, México.
 - (1993) *México: dependencia y modernización*, Ediciones El Caballito, México.
 - (1999) *Globalización y precariedad del trabajo en México*, México, Ediciones El Caballito.
 - (1999) *Globalización y precariedad del trabajo en México*, Ediciones El Caballito, México.
- Vergopoulos, Kostas (2001) «El ciclo de la mundialización», *Conferencia Magistral* en el XXIII Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, Guatemala, Noviembre de 2001.
- Vilas, Carlos (1999) «Seis ideas falsas sobre globalización», en: John Saxe-Fernández, (coordinador), *Globalización: crítica a un paradigma*, UNAM. Plaza&Janés, México.
- Weller, Jürgen (1998) *Los mercados laborales en América Latina: su evolución en el largo plazo y sus tendencias recientes*, Serie Reformas Económicas 11, CEPAL, Naciones Unidas, diciembre.